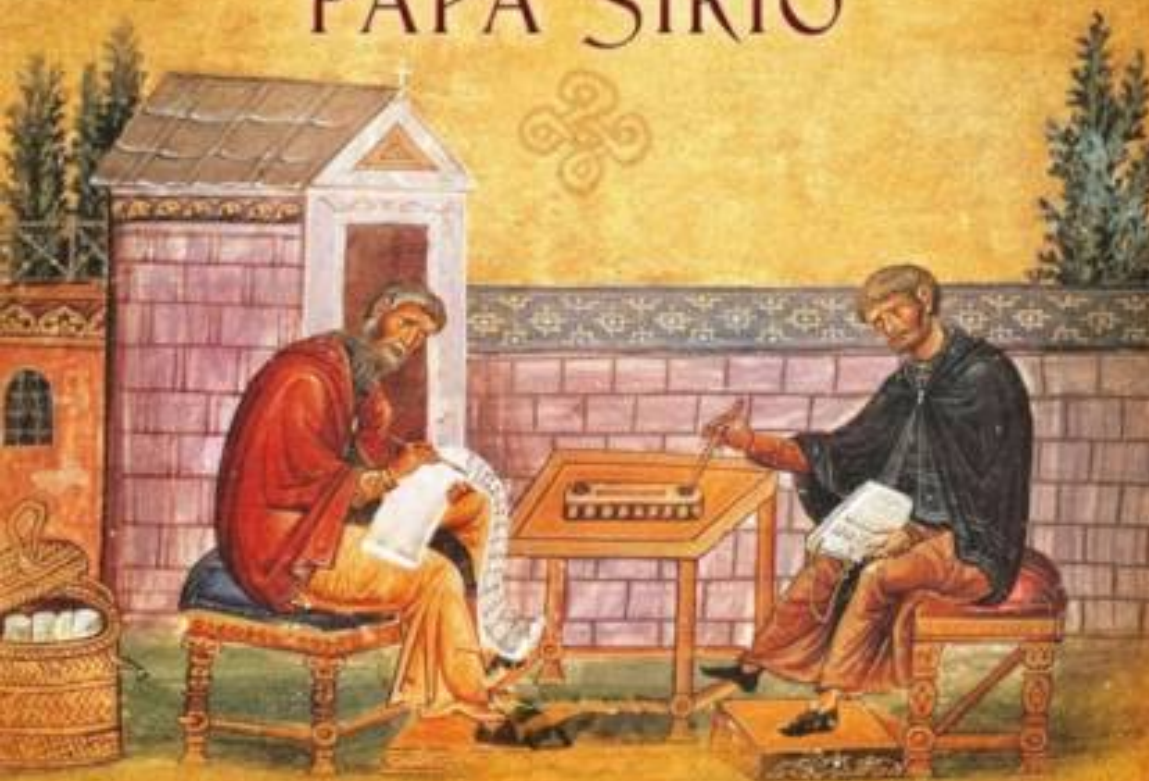


JESÚS
SÁNCHEZ
ADALID

EN TIEMPOS DEL
PAPA SIRIO



«Mi nombre es Efrén, sirio, nacido en el barrio cristiano de Damasco, el quinto año del califa Abd al-Malik...»

Así empieza la extraordinaria historia de un joven educado en la Siria cristiana, en el primer califato Omeya. A las puertas de su edad adulta, Efrén se hará consciente de la pérdida de identidad de una antigua cultura oprimida. Sintiendo llamado a hacer algo, emprenderá un viaje que le llevará hasta un fascinante santuario poblado por anacoretas en el Valle Santo (Ouadi Qadisha), donde se custodia una profecía que parece estar empezando cumplirse. Tras su conocimiento, Efrén será enviado a afrontar un gran riesgo...

En tiempos del papa sirio nos descubrirá muchos misterios sobre el período de máxima expansión del Islam, en el siglo VIII. Una vez más, Jesús Sánchez Adalid pone en juego sus conocimientos tanto de la Historia como de las pasiones humanas para transmitir a sus lectores hechos sorprendentes e indispensables para comprender todo lo que hoy está sucediendo en el mundo, a pesar de haber transcurrido trece siglos.

Aquel que se cree que estudiando apenas historias aisladas podrá adquirir una idea suficiente de la Historia entera, se parece mucho —en mi opinión— al que, después de haber contemplado los miembros dispersos de un animal muerto y bello, se engaña pensando que es como si lo viera de verdad, con todos sus movimientos y su gracia, con su fuerza y la hermosura de la vida. Y si se le mostrara entonces al mismo individuo vivo, creo que reconocería en seguida que antes estaba muy lejos de la verdad y como uno que solo soñaba.

POLIBIO
(Libro 1, 4)



PRIMERA PARTE



Camina continuamente, avanza sin parar; no te pares en el camino, no retrocedas, no te desvíes. El que se para no avanza. El que añora el pasado vuelve la espalda a la meta. El que se desvía pierde la esperanza de llegar. Es mejor ser un cojo en el camino que un buen corredor fuera de él.

SANAGUSTÍN DE HIPONA
(Sermón 169, 18)

1

Roma

Los godos de Hispania llegaron a Roma en pleno otoño. Lo recuerdo muy bien, porque por entonces acababa de iniciarse el *Adventus*. Una semana antes llovió tanto que se inundó el atrio de la basílica de Santa María Antigua y el agua penetró después hasta el tabernáculo. Tres días tardaron en arreglar el deterioro, para que se pudiera celebrar allí el domingo. Pero el lunes amaneció un sol extraño... Una luz pulida y perezosa fue iluminando el Aventino, mientras brotaban las siete colinas de la bruma. Hubo primero un silencio templado, pasmoso, que se extendió durante un tiempo que debió de ser exiguo, pero algo me hizo sentirlo más largo. Y un instante después, con la usual diligencia de cualquier mañana, sonaron en los patios las órdenes y los rumores propios del cambio de guardia. Sin embargo, aquel no iba a ser un día cualquiera.

No quiero olvidar ningún detalle. Yo estaba todavía junto al monasterio. Acababa de salir de la iglesia de San Sabas con el protodiácono Martín y nos encaminábamos hacia el Laterano a nuestro servicio en la curia, como cada mañana a esa misma hora. Entonces se inició repentinamente un revuelo en el atrio: voces, pasos apresurados; gente soliviantada por algún motivo. Nos miramos atónitos. Martín dijo:

—Voy a ver.

Me quedé aguardando frente a la entrada mientras aquel alboroto iba en aumento. Pasado un rato, el protodiácono regresó algo alterado.

—¡Parece ser que el papa va hacia la puerta de Ostia! Acaban de anunciarlo los heraldos.

Puse en él una mirada llena de estupor. Porque era un anuncio raro, no solo por lo temprano de la hora, sino porque no es acostumbrado que el papa salga a las puertas de Roma así, sin previo aviso y por cualquier motivo. Salvo que acuda a un recibimiento; siempre, claro está, que se trate de alguien importante. Así que, en medio de mi confusión, pregunté:

—Pero... ¿quién viene?!

—¡Vamos! —contestó apremiante el diácono—. ¡Debemos ir allá! Por el camino nos enteraremos.

Descendimos a toda prisa por la calle principal, unidos a los monjes griegos que, llenos de curiosidad, corrían como nosotros sin saber el porqué de aquella inesperada decisión del papa. La luz recién despertada iluminaba los viejos palacios, y un rayo de sol hacía brillar los arcos y las columnas de mármol en las galerías, por encima de los pórticos. Ya en la vía de Ostia, adelantamos a unos ancianos presbíteros, algunos con bastones, caminando presurosos, afanados, y con unos rostros acongojados que nos preocuparon todavía más.

—¿Qué sucede? —les preguntamos.

Se extrañaron por nuestra ignorancia. Y uno de ellos, sin detenerse, jadeante, respondió:

—¡La Hispania! La Hispania toda ha caído bajo el poder de los agarenos... El mismísimo obispo de Toletum, con sus sacerdotes y su grey, está a las puertas de Roma aguardando la caridad y el consuelo del papa.

La espantosa noticia nos dejó mudos. Miré a Martín y vi terror en sus ojos. Agarró mi brazo y tiró de mí, gritando:

—¡Vamos allá, hermano!

Junto a la muralla Aureliana, en las proximidades de la pirámide Cestia, se iba congregando una multitud cohibida, expectante, que no se atrevía a acercarse a la puerta, amedrentada tal vez por las armaduras, los negros pena-

chos y las puntas de las lanzas de los guardias. Un rumor tenue, hecho de murmullos de voces temerosas, susurrantes, crecía en esta parte de la ciudad a medida que la gente afluía, como en oleadas, desde los barrios adyacentes. Llegaban también hombres montados en asnos, con alforjas repletas de castañas, ajos, coles e higos secos. Siempre hay en Roma quien aprovecha cualquier aglomeración para obtener alguna ganancia... Por encima del gentío, sacábamos nuestras cabezas para tratar de ver algo. Y de repente, en algún lugar, se escucharon voces enérgicas, cargadas de autoridad:

—¡Abrid paso! ¡Paso! ¡Apartad!

También se oyó el golpear fuerte de las varas de los pertigueros contra el suelo y un crepitar de cascos de caballos. Venía el papa a lo lejos, sobre la litera, que oscilaba por el paso rápido de los portadores. Quedó abierto un pasillo en medio de la vía, por donde vimos llegar primero a los *iudices* y a los altos dignatarios de la curia.

El diácono Martín y yo nos apresuramos a ocupar nuestros lugares, antecediendo al *primicerius* y a los notarios. Y mientras avanzábamos hacia la puerta, uno de los funcionarios nos puso al corriente del porqué de todo aquello. A última hora de la tarde del día anterior, se presentó en el palacio de Laterano un heraldo de la puerta Ostiense con una nueva del todo inesperada: habían arribado al puerto unas naves procedentes de la Hispania, a bordo de las cuales venían numerosos obispos, clérigos y magnates exiliados de sus dominios por la invasión de ejércitos de África. Ya reinaba la oscuridad y las murallas estaban cerradas, por lo que los intendentes del papa estimaron conveniente esperar al día siguiente. Pasada una larga noche de inquietud e incertidumbre, sin dar tiempo a que saliese el sol, se envió a alguien para que hiciese averiguaciones. Amaneció y los emisarios regresaron al palacio aportando una información más precisa: entre los huidos venía el mismísimo metropolitano de Toletum, con miembros de la corte del rey godo y nu-

merosa grey hispana. Sobresaltado por la noticia, como todos sus ministros, el papa Constantinus decidió ir enseguida a recibir a aquellos hijos suyos que habían sufrido la desgracia. Y por eso venía ahora a las puertas de la ciudad, con la curia y numeroso pueblo de Roma, sin que nadie pudiese todavía creerse del todo la espantosa noticia.

Lo que sucedió a continuación aumentó el desconcierto. Los patricios romanos y muchos clérigos con ellos, alterados, confundidos, empezaron a achacar el desastre a la cobardía y la ineptitud de los cristianos de Hispania. Decían que aquel país se había tornado corrupto, que sus gentes habían olvidado sus obligaciones propias de creyentes; que los nobles godos y muchos sacerdotes se entregaron a la codicia, al afán de riquezas, a los placeres mundanos, y que recibían un merecido castigo por las malas obras de los años precedentes: sus súbditos, ciudades, tierras y ganados les eran entregados a un pueblo bárbaro y cruel que venía desde los desiertos empujado por la cólera divina. Culpaban a los obispos de haberse aliado con el poder ilegítimo de reyes usurpadores y familias reales espurias y tiránicas. Proclamaban estos reproches y otros muchos, a voz en cuello, para que los oyese todo el mundo. Y lograron soliviantar a la muchedumbre de Roma, que corría a encaramarse a lo alto de las torres y las terrazas para increpar desde ellas a los recién llegados, con insultos, abucheos, frases abroncantes e incluso desalmadas burlas.

Hasta que al fin, por mandato del gobernador de la muralla, se abrieron las grandes puertas. Se vio entonces a aquella pobre gente, con los rostros demudados, las miradas torvas, el agotamiento, la confusión y la tribulación prendidas en sus estampas. Difícil era distinguir quiénes de entre ellos eran los hombres principales y quiénes los sirvientes; unos y otros estaban igualmente lacios, taciturnos, abochornados... Las damas y los niños gemían y un manto de pesadumbre parecía envolverlos y oprimirlos a todos

ellos. Sumábase, para mayor sufrimiento, el recibimiento cruel de los romanos que a buen seguro no se esperaban.

En esto, el papa Constantinus descendió de su litera y caminó hacia la puerta apoyándose en su secretario, hierático, indudablemente decidido a no permitir que adivinasen su desconcierto. Iba vestido con túnica blanca con mangas y capa violácea, larga; llevaba colgado a la altura de la rodilla derecha el epigonation, igualmente morado, como signo visible del *Adventus*. Sus negros ojos brillaban en el rostro de piel cetrina y su ancha barba se extendía ondulada y entreverada de canas por la parte superior del pecho. Se hizo un silencio respetuoso a su paso. El secretario privado se aproximó a él y le dijo algo a la oreja. Luego el papa paseó la mirada por la multitud, como escrutándola, con gesto duro. El silencio fue aún mayor; como si el tiempo quedase interrumpido, mientras resultaba imposible predecir lo que iba a suceder a continuación.

Entonces, el venerable y enigmático papa Constantinus avanzó de nuevo hacia los hispanos, ahora solo, lento, solemne. Se detuvo a unos pasos de ellos y, alzando la voz, preguntó:

—¿Quién de vosotros es el metropolitano de Toletum?

Pasado un instante, se adelantó un clérigo alto, que se apoyaba en un báculo episcopal de puro bronce labrado. Se arrodilló y respondió:

—Padre santo de Roma, y hermano mío, yo soy el metropolitano de Toletum. Mi nombre es Sinderedo.

Seguidamente, alguien gritó desde una torre:

—*Perfide!* (¡traidor!).

Y otras voces secundaron:

Merdose! (¡mierdoso!). *Cacate!* (¡cagado!). *Cacator!* (¡cagón!). *Sordes!* (¡basura!). *Spado!* (¡capón!)...

Y se formó un gran revuelo con abucheos, pitas y demás, a resultas de lo cual, el papa alzó los brazos y los agitó, a la vez que lanzaba hacia los vocingleros una mirada cargada de reproche. Y cuando hubo logrado que se hicie-

ra el silencio, se cubrió el rostro en señal de aflicción; y luego, con los ojos inundados en lágrimas, avanzó hacia el obispo hispano Sinderedo, se echó afectuosamente sobre él, lo abrazó con ternura, cual padre misericordioso, y lo cubrió de besos, en la frente, en la cara y donde quiera que caían sus labios.

La multitud que contemplaba la escena quedó desconcertada. No comprendían que el papa fuera tan comprensivo con unos hombres a quienes la cristiandad romana consideraba cobardes, degenerados y necios, por haber dejado caer su patria tan fácilmente en poder de la estúpida herejía mahomética. Pero el venerable Constantinus tenía motivos muy íntimos, imbatibles razones, para tener misericordia y apiadarse de aquellos cristianos exiliados. Motivos y razones que yo sí conocía. Porque el buen papa era de origen sirio, como yo. Y el corazón de los que un día tuvimos que abandonar Siria, hace tiempo que fue traspasado por desgarradores presagios que empezaban ahora a cumplirse...

2

Siria

Mi nombre es Efrén, sirio, nacido en el barrio cristiano de Damasco, el quinto año del califa Abd alMalik. En mi bautismo me impusieron el nombre de aquel varón santo que compuso los más bellos himnos a la Virgen María: san Ephrain, apodado «el arpa del Espíritu», el mayor poeta que dio nuestra tierra. Mi bisabuelo paterno, oriundo de Emesa, fue uno de los cuatro hombres que, mientras cargaban sobre sus hombros las parihuelas con el cuerpo sin vida de Simeón el Loco, escucharon cánticos sagrados, misteriosos, que no venían de ninguna parte. Mi familia materna era de la sangre de Pisidia, descendiente del glorioso general Flaviano, que venció a los persas y cuyo sepulcro se conserva junto a la iglesia más antigua de Antiochia Caesaria. Mi aspecto corporal resulta un tanto extraño en estas tierras: soy alto, algo desgarrado, aunque fuerte; mis cabellos son rubicundos y mis ojos grises. Mi abuelo, el sapientísimo Mansur ibn Sarjun alTaghlibi, que administró el tesoro de Damasco, solía decir que nuestra raza provenía de los lejanos tiempos en que Alejandro el Grande llegó hasta Babilonia. Algunos de los hombres que venían con él eran montañeses macedonios, rubios de tez clara, que dejaron sembradas las orillas del Éufrates y el Tigris con su descendencia.

Como tantos hombres de nuestra casta, mi padre era políglota, versado en las lenguas aramea, siríaca, griega y latina. Esto le valió ganarse en su juventud un importante cargo como funcionario del Imperio romano. Aunque continuó prosperando luego al servicio del califa Uzmán, cuando

los ismaelitas mahométicos conquistaron Siria. Los nuevos gobernantes agarenos no solo le colmaron de beneficios; además le dejaron seguir siendo cristiano. Dios le concedió una larga vida en la que se casó tres veces y tuvo veintidós hijos. Me engendró en la última esposa cuando contaba ochenta años, estando ya ciego, inútil para su trabajo de escribiente, si bien no aún para la paternidad. Murió poco después, siendo yo un niño de pecho, por lo que en realidad no llegué a conocerle.

Vivíamos en el antiguo barrio de Bab Tuma, donde también habitaron san Pablo y santo Tomás, según se sabe por los Hechos de los apóstoles. Una venerable tradición señala el lugar preciso de las casas en que moraban, cerca de la nuestra; hoy hay edificadas allí dos iglesias dedicadas a su memoria. Recuerdo vagamente nuestra vivienda, que era un verdadero palacio heredado de nuestros abuelos, con dos grandes patios, hogares para los criados, cuadras, graneros y un lagar. Se encontraba en la calle principal, y se revelaba digna de lo que llegaron a ser mis antepasados en la gran metrópoli que fue Damasco. Se trataba de un edificio de fachada y portal amplios, con un atrio ancho y cómodo en el que solía haber corrientes de aire. Por las mañanas, los vendedores ambulantes montaban sus puestos a un lado y otro de la calle, enfundados en sus tabardos cortos de lana parda de camello y sus gorras de piel de cabra; despachaban sus productos y comían allí mismo pan con pasta de berenjena, verduras y pescado seco, dejando en nuestra puerta los malos olores. Eso resultaba humillante para mis familiares, que no podían hacer otra cosa que aguantarse, recordando con nostalgia y frustración los tiempos en que eran respetados y hasta temidos.

Me crie durante la época en que los árabes agarenos extendieron sus dominios desde Egipto hasta Persia; y que incluso quisieron conquistar Sicilia y el norte de África, hacia Occidente, llegando por el Oriente a las lejanas ciudades de Bujará y Samarcanda. Los ambiciosos omeyas soña-

ron con reinar en Constantinopla o incluso en Roma; pero finalmente decidieron convertir Damasco en la capital de su inmenso califato. Su planteamiento les llevó a la construcción de fastuosas mezquitas, alcázares y pródigos jardines, para compararse a los legendarios reyes de la antigua Persia o a los emperadores de Bizancio. Delirios y excesos que no fueron vistos con buenos ojos por los alfaquíes fanáticos, que los acusaron de impíos. Entonces, para congraciarse con ellos, el califa Muawiya pretendió destruir la basílica de Santis Joannes. Lo cual enardeció a los cristianos de Damasco. Hubo revueltas y violentos tumultos. Los más exaltados acabaron agrupados en facciones que se ocultaban en montes y desiertos. Corrieron arroyos de sangre. Y como si volvieran los peores tiempos de la historia, la ira vino a recaer sobre los barrios cristianos. Padecimos terribles tribulaciones: persecución, maltrato, hambre, muerte y desolación.

Yo era muy pequeño, pero tengo grabado en la memoria el terror y el llanto de las mujeres. Se contaban cosas espantosas: crucifixiones, lapidaciones, degüellos, gente quemada viva... Mi primera infancia está llena de difusos y oscuros recuerdos. Es un tiempo extraño en la memoria, en el que la imaginación infantil y la realidad se mezclan de manera confusa. Solo tengo claro que se respiraban el miedo y la incertidumbre. La gente que formaba parte de mi vida cotidiana desaparecía de repente y no la volvía a ver. Eso para un niño es bastante desconcertante. Además, las casas de los vecinos que se vaciaban, pronto eran ocupadas por extraños venidos de lejos, con otra lengua, otra indumentaria y diferentes costumbres. Era como si se hubiera dado rienda suelta a Satanás con todos sus demonios.

Del caos de aquella época infausta se destaca en mis recuerdos la imagen de auténtica pesadilla de mi hermanastro mayor, Ireneo, un loco que solía aparecer por casa en el momento más inesperado, completamente borracho, con

un cuchillo en la mano para intentar matar a alguno de los parientes.

Por todo aquello, mi infancia no fue nada fácil. Mis hermanastros dilapidaron muy pronto la herencia familiar y nuestra cómoda situación pasó a convertirse en un piélago de calamidades.